

Localismo y globalización: una mirada desde el Noroeste

GREGORIO A. CARO FIGUEROA

Revista Cultura Económica
Año XXV • Nº 69 • Agosto 2007: 68-74

*“Todo el mundo es una
casa, las provincias son aposentos”*
Francisco de Quevedo (1637)

1. Introducción

Más que remitir a un concepto, el término *globalización* se convirtió, además de auxiliar retórico y de fatigante lugar común, en una palabra comodín sobrecargada de sentido peyorativo o de connotaciones positivas, según sean las ideas o los intereses de quienes la emplean. Ella sirve más para definir posiciones ideológicas, de rechazo o adhesión, que para aludir a una realidad, para describirla y, rara vez, para explicarla. La palabra *globalización* ha terminado por ocultar un proceso objetivo que encierra fenómenos diversos y complejos los que, con ese término, se quieren designar.

La mera visión, la simplificación y la reducción economicista e ideológica facilitan la tarea de trasladar a este terreno muchos de los términos de la antigua querrela capitalismo-anticapitalismo, imperialismo-anti imperialismo y la de sus derivadas de la segunda mitad del siglo XX: colonialismo-primer mundo, opuesto a anticolonialismo-tercer mundo, incluyendo residuos de las teorías conspirativas, una alta carga emotiva y la condena moral, como uno de sus componentes. Cierta rechazo a la *globalización* se presenta como mera repetición de la teoría de la dependencia, sin proponerse revisarla a la luz de la intensificación de las interdependencias.

Esta simplificación de un fenómeno complejo, contradictorio y de gran dinamismo permite equiparar la *globalización* con un doble proceso de hegemonía y de homogeneización a escala planetaria, frente a la que el sometimiento, la aceptación pasiva y no

crítica, las actitudes precavidas y defensivas, o el rechazo en bloque son caminos únicos y de una sola mano que, fatal e inexorablemente, tienen como opción lo local. Este fenómeno implica la redefinición de los espacios territoriales, de los actores, de las reglas de juego y de los modos de ver la realidad y del entrecruzamiento de miradas, antes que la supresión de la diversidad de ellas.

De la misma manera que reforzar las capas impermeables o las actitudes de rechazo de todas las manifestaciones del proceso de *globalización* puede privar a una comunidad local de ideas, técnicas y herramientas que le permitan cambios positivos, la incorporación de sus innovaciones a lo local sin adaptación ni actitud reflexiva y crítica, puede dar por resultado implantes artificiales que, lejos de ser expresiones de modernidad, suelen terminar reproduciendo y reforzando estructuras de atraso. El problema no radica, pues, en la aceptación o el rechazo a libro cerrado, con el argumento de la bondad o maldad intrínseca, o por ser foráneos, de tales aportes, sino en incorporarlos, adaptándolos, al entramado social local.

2. Local y global

Esta oposición *globalización/antiglobalización* tiene más coincidencias de las que están dispuestos a admitir sus respectivos defensores. Si para los primeros, la palabra *globalización* y algunos hechos a ella añadidos actúan como una varita mágica haciendo desaparecer las murallas de las realidades,

para los segundos, esto también es así. La diferencia está en que los apologistas de la globalización a ultranza se congratulan de que así sea, mientras que los cruzados en contra de ella la denuncian como destructora de lo particular, lo diverso y, en suma, de lo local.

Para la fantasía de algunos, lo global es un fenómeno irresistible, envolvente. Es un lugar remoto, que está situado arriba y adelante y al que se puede acceder. Es un futuro que se parece a un paraíso o a una promesa de alcanzarlo. Quedar fuera de él es permanecer condenado a sobrevivir en el atraso y a la intemperie. Para visiones simplistas opuestas, lo global ocupa el sitio de lo externo y lo extraño. Y lo hace de un modo concentrado, potenciando amenazantes tendencias de hegemonía.

Unos no sólo minimizan su impacto negativo sobre lo local: están convencidos de que ese impacto es sólo positivo y alcanza a beneficiar a todos con cierto grado de equidad. En la globalización sólo ven buenas oportunidades de negocios y de ensanchar el consumo ostentoso de algunos. Los otros dramatizan los costos de un impacto que sólo reforzará el atraso y profundizará las brechas económicas, sociales, culturales y tecnológicas. En la percepción de éstos, sólo aparecen amenazas, riesgos y catástrofes. Ella “tiene efectos desestructurantes y dualizadores”, anota Sergio Boisier (1992). La economía de mercado, añaden, deja fuera de ella enormes espacios territoriales. Vastos conglomerados sociales son expulsados de la actividad económica formal, permanecen en la precariedad del sector informal.

En no pocas ocasiones, el rechazo a lo global no supone una defensa de lo local sino sólo sus aspectos más negativos: cerrazón cultural, autoritarismo y *caciquismo* político, ineficacia, irracionalidad, antimodernidad, anomia y arbitrariedad. En otras tantas, la adhesión imitativa y puramente economicista implica la defensa de esos mismos *desvalores*, aunque con un signo ideológico inverso.

Estas simétricas visiones simplistas de rechazo o idealización presentan lo global no sólo como contrapuesto a lo local, sino en abierto antagonismo y como amenaza a

los espacios nacionales y, más aun, a los más aislados espacios locales. Lo local y lo global serían mutuamente incompatibles. No se podría aspirar a mantener rasgos particulares y, simultáneamente, incorporar otros universales. Lo global no sólo desdibujaría lo local, sino que lo pulverizaría. La contraposición comunidad-tradición y sociedad-modernidad, se traslada, de cierto modo, a la tensión cerrazón-apertura; localismo-globalización.

Esta tensión no se resuelve automáticamente en favor de la globalización, en desmedro de lo local, sino que parece encaminarse hacia un reconocimiento, valoración y fortalecimiento de las identidades particulares, de lo peculiar, lo comunitario y local dentro de la creciente tendencia globalizadora.

Pero lo local y lo global están interpenetrados. Recordemos que “el funcionamiento en red había nacido a gran escala como redes de área local, y las regionales conectaron entre sí y comenzaron a extenderse”. Milton Santos recuerda que Braudel señaló que podemos descubrir “el movimiento global por los movimientos particulares”. Del mismo modo, podemos comprender mejor nuestras particularidades si las colocamos dentro de una trama más extensa y también más densa. Una historia puramente local está condenada a ser una crónica colorida o un relato incomprensible.

Jordi Borja y Manuel Castells afirman que “Lo local y lo global son complementarios, creadores conjuntos de sinergia social y económica, como lo fueron en los albores de la economía mundial en los siglos XIV-XVI, momento en que las ciudades-estado se constituyeron en centros de innovación y de comercio a escala mundial” (1997). Lo local se globaliza y lo global se localiza, añaden.

Es un error ver ambas tendencias como separadas y opuestas: las líneas divisorias entre ambas no sólo se tocan, también suelen confundirse. Si conviene, lo arcaico puede cubrirse con la máscara de la modernidad, y lo neo oligárquico con la del populismo. En estos casos puede hablarse de la convivencia y mutua alimentación entre globalismos y localismos selectivos. Es frecuente encontrar casos de un “globalismo”

de elites locales depredadoras y codiciosas a las que les conviene parapetarse en un “localismo” de fueros especiales, desdeñosos del Estado de derecho y de los valores occidentales.

Esos grupos locales tienen una visión unilateral de la globalización: la reducen a la ampliación de sus beneficios económicos y la separan de aquellos valores. De este modo, no sólo recortan o niegan la inclusión de otros sectores a esos beneficios materiales, sino también les niegan el derecho a reflexionar sobre las consecuencias de la globalización.

Pero además de defender y ejercer ese derecho, la comunidad local tiene la obligación de reflexionar y comprender, promoviendo un activo intercambio de reflexiones a través del diálogo personal y de la comunicación social. La falta de diálogo y de comunicación hacia el interior de nuestra sociedad local y con otras sociedades próximas, nuestro mutuo desconocimiento, los prejuicios y enconos personales o de grupo que a veces rayan en el canibalismo, no parecen la plataforma más adecuada para que argentinos provincianos y porteños, sin ignorar las actuales dificultades pero trascendiéndolas, podamos pensar el futuro.

Previa o simultáneamente tenemos que superar nuestra propensión a suplantar lo racional por lo mágico y emocional, la complejidad por esquemas e interpretaciones simplistas, la reflexión y la crítica por certezas y dogmas, y las ideas por consignas y retóricas de barricada. Si se nos admite esto como esquematismo, podemos decir que hay un tipo de localismo que empobrece a los pobres y enriquece a los ricos.

Cuándo, en nombre de lo local, se condena la cultura universal o se rechazan las nuevas tecnologías de la información, ¿acaso no se está realimentando la brecha entre ricos y pobres? ¿Acaso no se está insinuando que los hijos de éstos deben seguir atados a la pizarra, y los de aquéllos educarse en el bilingüismo y con computadoras?

Cuando se sugiere que nuestras culturas regionales más antiguas deben ser refractarias a las innovaciones para preservar intacto lo tradicional, mientras que otras deben abrirse incondicionalmente a lo global, ¿no se está reforzando la desigualdad entre re-

giones argentinas, en riesgo de disgregación? Imaginar que una cultura local se fraguó, se desarrolló en el aislamiento y que se puede fortalecer acentuando esa cerrazón, es dictar su condena a muerte.

3. Federalismo y regionalismo

Dos de los problemas no resueltos en la Argentina, sobre los que se comenzó a reflexionar en el siglo XIX, son los referidos a la articulación del todo nacional con sus partes constitutivas, y el de nuestra vinculación con el resto del mundo. Es obvio que esta vinculación no sólo debe tener en cuenta la arquitectura del nuevo orden mundial: también deberá hacerlo con los cambios que están construyendo un nuevo tipo de sociedad.

Muchas veces, los argentinos pasamos del entusiasmo ingenuo por diseñar o demandar modelos o proyectos de ingeniería social y de país, al pesimismo malhumorado y al desinterés por todo aquello que no tenga que ver con el corto plazo, lo inmediato y lo sectorial. Pasamos del combate ideológico más encarnizado, no sólo a la indiferencia sino también, a veces, a un rechazo casi visceral respecto a las ideas y al debate de ideas.

Como parte de eso, durante el siglo XIX y gran parte del XX, la Argentina trató de enfrentar los problemas que plantean la relación, la articulación, las tensiones y el equilibrio entre Nación y provincias apelando al federalismo consagrado como forma de gobierno por la Constitución. A comienzos del siglo XX, Rodolfo Rivarola (1908) recusó ese “federalismo teórico” que sirvió para encubrir un centralismo real y para legitimar el dominio personal y absoluto de gobernadores que eran proclives a suprimir las libertades públicas en nombre de la defensa de la autonomía local. Bajo el nombre de federación, añadió Rivarola, se estableció “un pacto de conservación de capitanejos”.

A mediados del siglo XX, sobre el mapa político de las provincias y a instancias de la planificación regional que despuntó en la Europa de posguerra, reapareció la propuesta regionalista esbozada por intelectuales como Bernardo Canal Feijóo, quien actualizó ideas

expuestas por Ricardo Rojas a principios de siglo e impulsadas por gobernadores del Noroeste en la década de 1920.

Imperfectos e inacabados en su realización, y por momentos superpuestos en el tiempo, federalismo y regionalismo no alcanzaron una adecuada implementación institucional. Tampoco fueron asumidos socialmente, ni percibidos como ámbito de participación democrática a escala local. Cierta regionalismo se agotaba en el diseño de planes económicos carentes de conexión con la participación social democrática.

En los últimos años, sin haber ajustado aún cuentas ni con lo federal ni con lo regional, comenzó a despuntar lo global como realidad que condiciona la relación de la Argentina con el resto del mundo, imponiendo la necesidad de replantear la articulación entre provincias y Nación hacia el interior de nuestras fronteras.

4. Federal, regional, global: tres esferas

Lo federal, lo regional y lo global, términos cargados de enorme fuerza sugestiva, se nos aparecen, en ese orden, como representaciones de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro. Mas no se trata de etapas sucesivas ni de instancias ascendentes, donde una supera y anula a la anterior. Lo federal, lo regional y lo global coexisten conflictivamente, se entrecruzan y entretejen ante nuestra mirada perpleja y, a veces, temerosa. Ninguno de ellos puede abordarse desvinculado de los otros.

Antes que estar ante una puesta al día del federalismo y del regionalismo a la luz de los cambios a escala mundial, en la Argentina parece afirmarse hoy la tendencia a utilizar ambos como anacrónicas armas arrojadas al servicio de las confrontaciones políticas.

A través de esas confrontaciones se dirimen pugnas y regateos por la distribución de recursos. Desde comienzos de los años '90, en virtud de ese mecanismo, el gasto público provincial registró un notable incremento. Gran parte de esos recursos, antes que estimular el desarrollo económico, fue objeto de dilapidación y fue usado para lubricar aparatos prebendarios y clien-

telares.

Para Manuel Castells, los gobiernos locales afrontan hoy dos dificultades. Por un lado, "su dependencia administrativa y su escasa capacidad de recursos económicos". Por otro, el riesgo de derivar hacia el localismo político "y el tribalismo cultural, si la defensa de la identidad se convierte en fundamentalismo" (1997).

Hoy nuestro federalismo amenaza con transformarse en una engañosa cobertura de intereses políticos locales dominados por un caudillismo esclerosado, devenido en corporación sustituta de aquellas otras que dominaron la escena durante casi todo el siglo XX. Que el 75 por ciento de los cargos electivos en provincias permanezca en las mismas manos a lo largo de los últimos quince años, da cuenta acabada de tal esclerosis.

Desde el inicio de la transición democrática, hace casi un cuarto de siglo, esa tendencia se manifestó como deliberado retorno a los equívocos y la confusión en los conceptos –y en la práctica– entre la naturaleza jurídico-política de un Estado confederal (o una confederación de Estados) y los de un Estado federal.

Se confunde federalismo con confederacionismo, insinuando que las relaciones entre estados provinciales y Nación deben establecerse y vertebrarse mediante acuerdos o pactos entre ésta y una liga de Estados cuasi independientes, dotados de moneda propia, donde se insertaría el principio de la soberanía compartida y en donde se produciría un manejo también compartido de las relaciones exteriores.

Según esta concepción, el federalismo no sería un sistema mediador entre Nación y provincias y, por ende, una de las formas que, en el plano local, asume la participación democrática de los ciudadanos, sino un instrumento de ese localismo puesto al servicio de intereses patrimonialistas.

No puede hablarse de federalismo genuino si detrás de su fachada se oculta un manejo patrimonialista del poder acompañado del ejercicio de un poder alérgico a la competencia democrática, refractario a la ética pública, poco tolerante, cuando no hostil, a la crítica opositora, dotado de fuertes celos hacia la justicia independiente y escasamente sujeto a controles y contrape-

tos institucionales.

El replanteo federalista no debe confundirse con la mayor concentración del poder en las jurisdicciones locales, acentuando las tendencias a la disgregación nacional. Por el contrario, debería abrir el camino hacia una mayor distribución del poder local y un mayor equilibrio nacional. No debería servir para consolidar desigualdades sociales internas: por el contrario, es necesario que contribuya a reducirlas gradualmente.

El federalismo debe ser entendido como la ampliación de la democracia en el ámbito territorial y como su profundización en el campo social, teniendo como punto de partida la iniciativa de la sociedad civil capaz de influir en la extensión de las libertades y en la conquista de crecientes grados de autonomía personal.

De lo que se trata es no sólo de imbuir de contenido federalista a la democracia, sino de democratizar el federalismo, sustrayéndolo de las manipulaciones de los personalismos localistas. Al federalismo meramente defensivo o de confrontación hay que oponerle el de cooperación; al que tiende a la disgregación, uno integrador; al meramente caudillista, un federalismo social; al que se limita a formular reclamos al poder central transfiriéndole responsabilidades propias, hay que exigirle responsabilidad y coherencia. El federalismo será una de las manifestaciones del ejercicio efectivo y pleno de los derechos y de las libertades democráticas de los ciudadanos desde las instancias locales más próximas, o no será.

5. El espacio regional

De igual modo, el regionalismo está siendo distorsionado al ser reducido a una suma aritmética de provincias más o menos afines y contiguas, esporádicamente reunidas en efímeras ligas de gobernadores que, de forma indistinta y periódica, convierten esos ámbitos en instrumentos de presión frente al poder central, siempre que éste no coincide con el signo político que predomina en lo local.

El concepto de región y la cuestión regional están demandando un profundo re-

planteo. ¿Acaso es la región la única manera de dividir, de representar y de pensar el espacio, como plantea Yves Lacoste? Al proceder de este modo ¿no corremos el riesgo de dejar ignorar el núcleo de los fenómenos económicos, políticos y sociales?, advierte Yves Lacoste (1977).

En los años sesenta, los gobiernos militares, los nacionalismos populistas y los de izquierda compartían una visión fuertemente estatista, planificadora y centralizadora. Lo regional era lo nacional a escala. Era, además, un banco de pruebas para diseñar planes de desarrollo económico o para trazar políticas de promoción social. A los especialistas nada los dejaba satisfechos “si no era la creación de un gran espacio nacional homogéneo configurado por numerosos espacios regionales también homogéneos”, señala Boisier (1992).

Hoy la antigua percepción del espacio y las viejas nociones en torno a él se hacen añicos. “Los espacios se fragmentan. Los territorios se difuminan, los lugares debilitan”, añade Yves Lacoste (1977). No conviene seguir pensando el espacio nacional o local con cartografías antiguas. El concepto de espacio de las sociedades tradicionales está siendo sometido a profundas modificaciones.

La región está dejando de ser “el más pequeño espacio geométrico en el que los hombres reconocen entre sí una relación diferente (o más allá) a la consanguínea”, como definió Philippe Ariès (1996). El espacio se encoge, el tiempo se comprime. “El espacio se emancipó de las restricciones naturales del cuerpo humano”, dice Bauman (1999).

“El espacio es ahora creado por la ingeniería humana en lugar de la providencia divina; artificial en lugar de natural; mediado por la herramienta en lugar de inmediato al cuerpo; racionalizado en lugar de comunal; nacional en lugar de local”, explica Timothy Luke, citado por Bauman. El espacio “es hoy un sistema de objetos cada vez más artificiales”. Está formado “por un conjunto indisoluble, solidario y también contradictorio, de sistemas de objetos y sistemas de acciones”, refuerza Milton Santos (2000).

6. Algunas conclusiones

Frente a este fenómeno, carece de sentido seguir pensando en la región en términos territoriales rígidos. Los límites de una región son ahora flexibles, digitales, virtuales. Las redes de información están redefiniendo anacrónicos conceptos en torno a la región.

¿Es posible saltar, sin mediaciones, desde el localismo más estrecho a lo global, más abarcador? ¿Se puede implantar una modernidad que sea algo más que su apariencia, sobre el atraso económico, la inequidad social y el *caciquismo* político? ¿Se pueden ignorar las migraciones, las redes de información, las nuevas tecnologías, las interdependencias, las mutuas influencias y seducciones culturales, la multiplicación de intercambios de todo tipo?

Los encandilados por la globalización creen que hay que tirar por la borda o caricaturizar la memoria y la cultura locales. Creen que la modernización debe escribirse sobre una tabla rasa o sobre una tradición falsificada. ¿Se puede concebir lo global sin un punto de referencia en lo local? ¿Es bueno que lo global se instale sobre los escombros de la cultura particular y local? O, como pregunta Paul Ricoeur, “¿Hay que arrojar por la borda el viejo pasado cultural que ha sido la razón de ser de un pueblo?” (1986).

Por su parte, los que recelan y rechazan su avance proponen un encierro desconfiado, pasivo y defensivo. El claustro, la autarquía mental, se proponen como respuesta a estos desafíos. La inmovilidad se convierte en un *re-aseguro* contra los riesgos que entraña el cambio. Hay un tradicionalismo que se nutre de un simulacro de tradición, de una tradición débil, volátil y hecha más de gestos que de raíces.

La simplificación del concepto de globalización cierra el camino para ver matices y para intentar explorar las relaciones entre localismo y globalización. De esas visiones contrapuestas se desprende que la única relación que puede haber entre ambos es de antagonismo, de subordinación, o de negación recíproca. La globalización se hace a expensas de lo local, afirman. Ella se fortalecería devorando particularismos. Éstos sólo podrán sobrevivir resistiendo para no

ser presas del insaciable monstruo devorador.

El regionalista común, escribió T. S. Eliot, “se preocupa solamente por los intereses de su propia región, y, por tanto, sugiere a su vecino allende la frontera, que lo que es de provecho para uno debe ser desventajoso para el otro” (1949). No se trata, añadió, de condenar el sano regionalismo ni de restaurar culturas desaparecidas “sino de hacer florecer, de las viejas raíces, una cultura contemporánea”. No se trata de contraponer culturas vecinas o remotas ni de renunciar a la propia, sino de armonizar las diferencias con otras culturas para enriquecer la propia. Tampoco se trata de amputar la memoria local, sino de incluirla en una memoria más densa, más extensa y con mayor capacidad de acumulación y de conexiones, nutriéndola y también nutriéndose de ella. Aunque la inmigración de la segunda mitad del siglo XIX hubiera tenido menos peso en la formación de la Argentina moderna, en nombre de la pureza de identidad, ¿podríamos acaso recortar la memoria de la Argentina tradicional, mezcla de pobladores originarios, españoles, negros y criollos?

En 1945, Eliot advirtió que la supervivencia de las culturas locales tiene gran valor para las llamadas culturas centrales o fuertes. No sólo valor material, se entiende. La contestación localista a la globalización, lejos de fortalecer la causa que dice defender, al situarla en un viejo terreno ideológico, la empobrece y la debilita. El enojo no es buen guía para intentar comprender esta cambiante realidad.

Más que repetir lugares comunes laudatorios o cavar abismos de enemistad entre lo local y lo global, tendríamos que poner empeño en comprender la naturaleza de las nuevas relaciones que se están tejiendo entre ambos. No sólo en lo económico, no sólo en lo tecnológico, no sólo en lo político. También, y casi sobre todo, en lo cultural, o sea, en lo humano.

Referencias bibliográficas

Ariès, Phillipe (1996) *Ensayos de la memoria. 1943-1983*. Grupo Editorial Norma, Bogotá, Colombia.

- Bauman, Zygmunt (1999), *La globalización. Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Biagini, Hugo E. (2000), *Entre la identidad y la globalización*. Colección El hilo de Adriadna, Leviatán; Buenos Aires.
- Boisier, Sergio (1992) *El difícil arte de hacer región. Las regiones como actores territoriales del nuevo orden internacional (conceptos, problemas y métodos)*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas. Cusco –Perú.
- Borja, Jordi y Castells, Manuel (1997), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Colección Pensamiento, Taurus; Madrid.
- Canal-Feijóo, Bernardo (1948), *De la estructura mediterránea argentina*. Imprenta López, Buenos Aires.
- Caro Figueroa, Gregorio y Ashur Eduardo M. (1974), *El Noroeste argentino como región*. Centro de Estudiantes de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta (Mimeo), Salta.
- Eliot, T. S. (1949), *Notas para la definición de la cultura*. Grandes Ensayistas, Emecé; Buenos Aires.
- Lacoste, Yves (1977) *La geografía: un arma para la guerra*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- Morin, Edgard y Kern, Anne Brigitte (1993), *Tierra Patria*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Quevedo y Villegas, Francisco de (1637) “De los remedios de cualquier fortuna” *Obras Inmortales*. Edaf, Madrid, 1970.
- Ricoeur, Paul (1986) *Civilización universal y cultura nacional*. Editorial Docencia, Buenos Aires.
- Rivarola, Rodolfo (1908) *Del régimen federativo al unitario. Estudio sobre la organización política de la Argentina*. Talleres de la Casa Jacobo Peuser; Buenos Aires.
- Santos, Milton (2000), *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Ariel, Barcelona.